

Pues las manos de Marica  
Le estaban dando del pié.  
Las azucenas salieron  
A sus anclas ayer;  
Mas ya de temor están  
Hoy mas blancas que el papel.  
Tambien salieron las rosas;  
; Mas digan cómo les fué,  
Supuesto que amanecieron  
Easangrentada la tez!  
Los jazmines son muy niños,  
Bien se dejan conocer,  
Pues andan toda la vida  
Jugando á arrima-pared.  
Las auroras espiraron  
Hoy, á cosa de las tres:  
Llorólas Marica, y hubo  
Mejor aurora despues.

(ALFAY, *Poesías varias de grandes ingenios, etc.*)

1624.

(Anónimo.)

¡Oh qué tempestad de flores  
Viene por tu cara, Ines!  
Oh qué nubes de jazmin!  
Oh qué rayos de clavel!  
; Bien ha nevado en tu frente!  
Si bien, Inesilla, bien  
En dos arroyos tu boca  
La nieve partió despues.  
Una nube es cada mano,  
Relámpago cada pié,  
Tan breve, que no me ciega,  
Porque no se deja ver.  
; Ay Dios, y qué de centellas  
Me has arrojado esta vez!  
Luces van, centellas cruzan  
; Y qué centellas! de Argel.

(Romances varios de diferentes autores.)

1625.

(Anónimo.)

¡Ay de mí! que toda el alma  
Unos ojuelos me llevan,  
Y porque amor los castigue,  
De su dueño doy las señas.  
Es una niña gentil,  
Allen del garbo que muestra,  
Y porque no guarda fe,  
De gentil niña se precia.  
Sus ojos no son muy grandes,  
Ni de ser soles se precian;  
Mas ; ay de aquel que los mira,  
Que le hacen ver las estrellas!  
; Lástima es que no sea boba!  
Pues en los dientes que muestra,  
De perlas le viene siempre  
El tener la boca abierta.  
; Tan donosamente son  
Ambas sus manos perfetas,  
Que apostaré que no sabe  
Cuál es su mano derecha!

(Romances varios de diferentes autores.)

1626.

(Anónimo.)

Menguilla le dijo á Fabio,  
Tan esquivo como siempre:  
—Si acaso mi ingratitud  
Le cuesta cuidado, cuéstele:  
Si de mi rigor se queja,  
Su amante locura deje;  
Y si yo en toda mi vida

Mas le atormentare, quéjese.  
No me venga echando votos,  
Ni de mi lealtad reniegue;  
Que, aunque soy tan temeraria,  
No soy amiga de pléguetes:  
No entienda que estoy celosa;  
Antes, si con otra hubiere  
Ocasión de que lo admita,  
No por mí lo excuse: huélguese.

(Romances varios de diferentes autores.)

1627.

(Anónimo.)

De los desdenes de Menga  
Desdeñado se fué Bras;  
Que nunca el alma con celos  
Tiene ménos libertad.  
La saeta de los celos  
Atormentando le está;  
Que el hombre supo querer  
Si Menga supo celar.  
Dos corazones enfermos  
De una misma enfermedad,  
Ambos se buscan la muerte,  
Por no decir la verdad.  
Quiso Blas hablar á Menga,  
Menga no quiso escuchar;  
Porque es propio de mujeres,  
Al que quieren, desdeñar:  
; Vuelve á casa, pan perdido,  
Pues rogándotelo están!  
Que si son celos ó no,  
A Dios la cuenta dará.

(Romances varios de diferentes autores.)

1628.

(Anónimo.)

¡Por qué tan firme os adoro?  
Ines, me pregunta amor.  
Yo no sé lo que teneis,  
Y teneis el qué sé yo.  
El no sé qué de las lindas  
Es un oculto primor,  
Que lo conocen los ojos,  
Y lo ignora la razon.  
Toda la razon de amaros  
Está en agradarme vos;  
Que los gustos no disputan  
La bondad, sino el sabor.  
Yo sé, Ines, que sois mi vida,  
Y no sé por qué lo sois;  
Que es buscar razon al gusto  
Muy golosa discrecion.

(Romances varios de diferentes autores.)

1629.

(Anónimo.)

A la gaita bailó Gila,  
Que tocaba Anton Pascual:  
Si es bailar hacer mudanzas,  
; Oh qué bien que bailará!  
Bailar firme, bailar quedo  
Es el seguro bailar;  
Que el andar saltando siempre  
A cualquiera cansará.  
El pandero tomó Gila,  
Y viendo que suena mal,  
A la gaita volver quiso,  
Pero no la pudo hallar.  
Repicó las castañetas  
Gila, y con el repicar  
Un pique le dió á Bartolo,  
Y un capote á los demas.

De Traguada y Juan Polaina,  
Uno y otro su galan,  
Como de mudarse trata,  
; Oh qué poco se le da!  
Quien se muda Dios le ayuda,  
Dijo el adagio vulgar;  
Porque muchos son juntos  
Son de la facilidad.

(Romances varios de diferentes autores.)

1630.

(Anónimo.)

Hechizado está Bartolo,  
Y todos dicen que Menga,

Porque la quiera, le ha dado  
Un bocadó de belleza.  
En vano busca remedio  
Para curar su dolencia;  
Que no sana como todos  
El que como nadie enferma.  
Es basilisco de amor,  
Y para todos sirena,  
Sin que haya habido á sus ojos  
Quien mariposa no sea.  
El que quisiere librarse  
Del hechizo de quererla,  
Guárdese, que todo es rayos  
El incendio de sus cejas.

(Romances varios de diferentes autores.)

## SECCION DE ROMANCES VARIOS JOCOSOS, SATÍRICOS Y BURLESCOS.

1631.

(De Juan de la Cueva.)

Huyendo va la Poesia,  
Despavorida y temblando,  
De una chusma de poetas  
Que caza le iban dando,  
Y cual jabali seguido  
De sabuesos y de alanos,  
O cual temerosa liebre  
De la multitud de galgos,  
Está la febea virgen  
Rodeada de cosarios,  
Que por su desdicha un dia  
La encontraron en el campo;  
Porque siempre ama los bosques  
Y le agrada el despoblado.  
Aunque no la conocieron  
Por ser poetas bastardos,  
Viéndole las sacras sienas  
Ceñidas de yedra y lauro,  
Entendieron ser aquella  
A quien profanan cantando,  
Y así la acometen todos  
Cargados de cartapacios.  
Ella huve á toda prisá,  
Ellos tras ella gritando;  
Ya por el monte se encumbra,  
Ya baja del monte al llano,  
Ya tuerce la via seguida,  
Ya la deja y va á otro cabo.  
Al fin viéndose cansada  
Y que la iban alcanzando,  
Paró, y viendo aquella chusma  
De poetas remendados,  
Cuál con sayo y cuál sin capa,  
Cuál con capa y cuál sin sayo,  
Cuál descalzo y cuál con calzas,  
Cuál sin calzas y descalzo,  
Cuál trae el vestido negro  
Cosido con hilo blanco,  
Cuál en ferruuelo verde  
Un remiendo colorado,  
Cuál trae vuelta la camisa  
Por echar fuera el ganado,  
Cuál sin ella, y con jubon  
Y el cuello muy botonado;  
Cuál cojo, cuál patiuerto,  
Cuál rencó, cuál corcovado,  
Cuál viene sobre un bordon  
Con una pierna arrastrando;  
Los unos muy llenos de asma  
Tosiendo y gargajeando;  
Otros mas secos que aristas  
Que parecen cuartanarios;  
Otros los ojos sumidos

Magantos y trasijados,  
Como si á eterna dieta  
Estuvieran condenados.  
Admiróse la Poesia  
Su miseria contemplando,  
Y como por ser poetas  
Estaban en tal estado,  
En algo mostró holgarse  
Con verlos en tanto daño,  
Por ser muerte que ellos mismos  
La tomaban con sus manos;  
Y que era castigo digno  
En paga de su pecado.  
Muy llena de alteracion,  
El bello color robado,  
Está en medio de ellos puesta  
Cual hidalgo entre villanos,  
Temiendo alguna violencia  
Como de hombres libertados.  
Cuál le asia de la ropa,  
Cuál le tocaba la mano,  
Cuál le besaba la suya  
Y el suelo que habia pisado,  
Creyendo que solo aquello  
Lo hiciera un Mantuano;  
Cuál se postraba á sus piés  
Demandándole su amparo  
Para poder hacer versos  
De repente y de pensado.  
Esto lo pedian á gritos  
Todos juntos voceando  
Sin entenderse razon,  
Porque parecian hablando  
Chacota de caldereros  
O grajos en campanario.  
La virgen febea no sabe  
Qué hacerse en tal estado,  
Y así aguarda temerosa;  
Cuando uno d'ellos, anciano  
De mucha barba en redondo,  
Cortada, y crespo el mostacho,  
De unas pantorrillas gordas  
Y el rostro muy ampollado.  
Con un gran libro en el hombro,  
Como costal ú otro cargo,  
Que era poco un facistol  
Para poder sustentallo;  
Poniéndose de rodillas,  
Las dos manos levantando,  
Le dice: — No te fatiguen  
Estos gritos levantados;  
Que cochinos y poetas,  
Gramáticos, cirujanos,  
Adonde quiera que están  
No pueden estar callados.  
Esto entendido, oye atenta

Nuestro miserable daño,  
Y dinos ¿por qué razón,  
Si razón vale aquí algo,  
Hemos de andar como ves  
Sin pan, y hechos pedazos;  
Consumida la virtud  
De andar siempre imaginando,  
Corridos de unos y otros;  
Y con el dedo apuntados,  
Y no hay quien lea obra nuestra  
Que no se la dé a los diablos?  
Veo mil otros poetas  
Tan tenidos y estimados:  
Pues todos hacemos versos  
Y a todos cuesta trabajo;  
Todos tenemos ingenio  
Y todos nos desvelamos;  
Lo cual te obligue, señora,  
Que de ti nos sea otorgado  
Gran número de conceptos,  
Muchos términos galanos,  
Descripciones y epiletos,  
Consonantes nunca usados;  
Que con aquesta influencia  
Subirémos al Parnaso,  
Y en medio de sus dos puntas  
Nos verémos asentados,  
Y en la fuente Cabalina  
Mojar podrémos los labios,  
Aunque no sabemos lenguas  
Mas de nuestro castellano;  
Y en particular te pido  
Por mí que me des tu amparo,  
Que en verdad que soy poeta  
Natural, cual lo he mostrado  
En un romance que hice  
A la muerte de Don Sancho,  
Cuando lo mató Vellido  
Con el agudo venablo,  
Que guarda los consonantes  
Desde el principio hasta el cabo,  
Cosa que nadie lo ha hecho  
Sino yo con gran trabajo.  
Mi familia te encomiendo  
Que sigue mis propios pasos,  
Pues en ella son poetas  
Mujer, hijos, perros, gatos;  
Que se pega esta poesía  
Como si fuera contagio. —  
Queriendo pasar delante  
Hizo un gesto sollozando,  
Y cortada su razón  
Se quedó de ella colgado,  
Boquiabierto, enmudecido,  
Sin mover ojo ni labio.  
Sonrióse la Poesía,  
Y dejando el sobresalto,  
Movió la divina lengua  
Respondiendo a lo hablado:  
— ¡Oh poetas majaderos,  
Y cómo andais engañados  
En seguir tan loco vicio,  
Y tan sin fruto cansaros!  
¿Quién os fuerza á ser poetas  
Habiendo almadraba y rastro,  
Y pretender lo que á pocos  
Dejó de costar muy caro?  
Decid, ¡malditos seáis  
De Apolo y descomulgados!  
¿Qué entendéis de la poesía?  
¿Qué os puede dar ni quitaros,  
Si está la falta en vosotros,  
Aunque mas quiera ayudaros?  
¿Dónde vais, poetas mendigos?  
¿Para qué me andais buscando?  
Volvéos á vuestros oficios,  
Volvéos á vuestros tratos,  
Pues así moriréis de hambre  
Y jamas os veréis hartos.

Mirad la miseria vuestra,  
No seáis necios porfiados,  
Mirad que en haciendo versos  
No podeis tener un cuarto;  
Que es maldición y castigo  
Sin remedio ejecutado.  
Y si nada de esto os mueve  
A salir de este pecado,  
Yo de parte del dios Febo  
Os doy facultad y amparo  
Para que hagáis mil libros  
Cada uno en cada año,  
Y que cada libro sea  
De cuatro dedos en alto,  
Y que nadie se entremeta  
Sino el vulgo á examinarlos;  
Y asimismo os doy licencia  
Para montar á Pegaso,  
Y que os coroneis las sienas  
De pámpanos y naranjo,  
Y de cuanto mas quisierdes  
Si esto no os deja pagados. —  
Cesó la elocuente diosa,  
Y al Parnaso guió el paso,  
Quedándose los poetas  
Como siempre voceando,  
Sobre á cual le dió mas gracia  
O fué mas privilegiado,  
Y por esta causa todos  
Se andan siempre murmurando.

(CUEVA, *Coro febo*, etc.)

1632.— 1633.

(De Lope de Vega Carpio<sup>1</sup>.)

De ver una oscura cueva  
Que un moro Cegri ha cavado,  
Do desterrado ha vivido  
Con esta tarde seis años;  
Mártir de sus pensamientos  
Con el buchorno encalmado,  
Está turbado Riselo,  
Haciendo junto á un ribazo  
Memoria del acebuche,  
De los mirtos y lampazos.  
Mira su vaca cerril  
Su pendenciero ribaldo;  
Acuérdase del novillo,  
Con la honda chasqueando,  
Diciéndole: — No hagas fuerza  
Al amor y á sus cuidados: —  
Como si pudiera ser  
Ser amor y ser forzado.  
Yendo corriendo tras él,  
Volvió á mirar hácia el Tajo,  
Y vió arrimado un pastor  
A un álamo verde y blanco.  
Mirando que entre sus ramas,  
Dos tórtolas se han sentado,  
Y en verle vestido de ovas,  
Conoció que era Belardo,  
Un hombre que ser solía  
Libre, exento y sin cuidado,  
Pero por Filis perdido  
Desde aquel concierto blando.  
Háblanse, y no ha sido poco,  
Por andar siempre encontrados;  
Y es porque ya de concierto  
Han dejado ambos el campo,  
Las tórtolas y el novillo,  
La vaca y todo el ganado.  
Rogándole está que vaya  
A ver la zambra á palacio,  
Do verá muertes partidas,  
Por juntarse procurando  
Copos de nieve en agosto,  
Y un potro de atormentados,  
Que los saca Bravonel

Para callar sus cuidados.  
Y para otra, que el Rey  
Y Muza están concertando,  
Quiere acabar de acabar  
Unas mordazas Belardo.  
Espéranse, y vanse juntos,  
Por junto á un mirto sagrado,  
Donde oyen una pastora  
Descompuesta y sollozando,  
Advirtiendo unos cabellos  
Pintados con un retrato,  
Que dicen á su pastor:  
Tuya soy, corta otros tantos.  
Las cortinas de los ojos  
Tiran Riselo y Belardo,  
Y conocen que Clarinda  
Era la del triste llanto.  
Llegó Riselo el primero,  
Primero en ser olvidado,  
Diciendo: — Deja, Clarinda,  
El vivir entre peñascos:  
Da ya tu ganado á medias,  
Y come lo que has ganado,  
Que ya dejamos las selvas  
De hoy mas Riselo y Belardo.

(Flor de varios y nuevos romances, 2.ª parte. —  
II. Romancero general. — II. VEGA CARPIO,  
Obras sueltas, etc.)

<sup>1</sup> En este romance moteja LOPE DE VEGA muchos otros suyos pastoriles y moriscos, que son acaso los mejores y mas interesantes que compuso.

1634.— 1635.

(De Don Luis de Góngora.)

Dejad los libros agora,  
Señor licenciado Ortiz,  
Y escuchad mis desventuras,  
Que á fe que son para oír.  
Yo soy aquel gentil hombre,  
Digo, aquel hombre gentil  
Que por su dios adoró  
Un ceguezuelo ruin.  
Sacrifiquéle mi gusto  
No una vez, sino cien mil,  
En las aras de una moza  
Tal cual os la pinto aquí.  
El cabello de un color  
Que ni es cuarto ni florin,  
Y en la relevada frente  
Ni azabache ni marfil:  
La ceja entre parda y negra  
Muy mas larga que sutil,  
Y los ojos mas compuestos  
Que son los del *quis vel qui*;  
Entre cuyos bellos rayos  
Se derriba la nariz,  
Terminando las dos rosas  
Fresca seña de su abril.  
Cada labio colorado  
Es un precioso rubí,  
Y cada diente un aljófar  
Que el alba suele vestir.  
El aliento de su boca,  
Todo lo que no es pedir,  
¡Mal haya yo si no vence  
Al mas suave jazmin!  
Con su garganta y su pecho  
No tiene que competir  
El nácar del mar del Sur,  
Ni plata de Potosí;  
La blanca y hermosa mano,  
Hermoso y libre alguacil  
De libertad y de bolsas,  
Es de nieve y de neblí.  
Lo demas, letrado amigo,  
Que yo os pudiera decir,  
Por mí fe que me ha rogado

Que lo calle para mí:  
Aunque por brújula quiero,  
Si estamos solos aquí,  
Como á la sota de bastos  
Descubriros el botín.  
Cinco puntos calza estrechos,  
Esto, señor, baste al fin;  
Si hay serafines trigueños,  
Ella es un serafín.  
Pudo conmigo el color,  
Porque una vez que la ví  
Entre mas de cien mil blancas,  
Ella fué el maravedí;  
Y porque no sin razón  
El discreto en el jardín  
Coge la negra violeta,  
Y deja el blanco alhelí,  
Dos años fué mi cuidado  
El que llaman por ahí  
Los jacarandos respeto,  
Los modernos tahelí;  
En cuyos alegres días  
Desde el ave al perejil  
Por esta negra Odisea  
La bucólica le di.  
Sus piezas en el invierno  
Cubrió flamenco tapiz,  
Y en el verano las mias  
Andaluz guadamacil.  
Hoy deseaba lo blanco,  
Mañana lo carmesi,  
Tanto que en la Peña pobre  
Era ermitaño Amadis.  
¡Pregúntale á mi vestido,  
Que riéndose de mí,  
Si no habla por la boca,  
Habla por el bocaci!  
Ya iba quedando en cueros  
A la lumbre de un candil,  
Casi pasando el estrecho  
De no tener y pedir,  
Cuando Dios y norabuena  
Me fué forzado el partir  
A negocios de importancia  
A la villa de Madrid.  
Comenzó á mentir congojas,  
A suspirar y gemir  
Mas que viuda en el sermón  
De su padre fray Martín.  
Dijo que acero sería  
En esperar y sufrir;  
Fué despues cera, y sí acero,  
Ella se tomó de orin.  
Tiernísima me pidió  
Que ya que quedaba así  
La ovejuela sin pastor,  
No quedase sin mastín.  
Y así le dejé un mulato  
Por espía y adalid,  
Que me espío á mí en saliendo  
Y se lo fué á ella á decir.  
Púsome el cuerno un traidor  
Mercadante corchapín,  
Que tiene bolsa en Oran  
É ingenio en Mazalquivir.  
Rico es y mazacote  
De los mas lindos que ví;  
Precioso, pero pesado  
Como palo de Brasil.  
¡Oh interes, y cómo eres,  
O por fuerza ó por ardid,  
Para los diamantes sangre,  
Para los bronces buril!  
Déme Dios tiempo en que pueda  
Tus proezas escribir,  
Y quitemelo en buen hora  
Para los fechos del Cid.  
Y vos, tronco, á quien abraza  
La mas lujuriosa vid,

Que este lagrimoso valle  
Ha sabido producir,  
Vivid en sabrosos nudos,  
Y en dulces trepas vivid,  
Que yo viviré, á pesar  
De algun necio paladin.

(GÓNGORA, Obras, etc.—It. Romancero general.)

1636.

(De Don Luis de Góngora.)

Tendiendo los blancos paños  
Sobre el florido ribete  
Que guarnece la una orilla  
Del frisado Guadalete,  
Halló el sol una mañana,  
De las que el abril promete,  
A la violada señora  
Violante de Navarrete:  
Moza de manto tendido,  
Lavandera de rodete,  
Entre hembras luminaria,  
Y entre lacayos cohete.  
Quiso á un mozo de nogal  
Con bigote á lo turqueto,  
Cuyas espaldas pudieran  
Dar tablas para un bufete.  
De la cámara de Marte  
Gentilhombre mata-siete,  
Como lo muestra en la cinta  
La llave de un pistoleta,  
Que viste colete de ante,  
Virgen de todo piquete;  
No tanto porque el flamenco  
Le dió á prueba de mosquete,  
Cuanto porque el español  
En las lides que lo mete  
Hace mas fugas con él  
Que Jusquin en un motete.  
Dejólo ya por un paje  
Bien peinado de copete,  
Que arrima á una guitarrilla  
Su poquito de bajete,  
Dignísimo citarista  
De un canicular bonete,  
Poeta en la Andalucía,  
Como cristiano es Hamete.  
Por hacerle pues á solas  
De sus pechugas banquete,  
Sobre la pisada sombra  
De algun alamo alcabuete,  
Descalzarla ha visto el alba  
Borcegui de tafilete,  
Y lavar ocho camisas  
Del regidor Alderete.  
Ya tiende los blancos paños,  
Y el verde y blanco tapete,  
Que dió flores á Violante  
Para mas de un ramillete,  
Cuando por la puente abajo  
Al lavadero arremete  
El mozueto Bellori,  
Entre lacayo y corchete:  
Y en llegando al vado, lleno  
De celos hasta el gollete,  
Y de vino hasta las cejas,  
Esto á los aires comete:  
—Violante, que un tiempo fuiste  
Pelota de mi trinquete,  
De mis botones ojal,  
Y de mis puntas ojete;  
Palomeque y Fuenmayor  
Me dicen que es un pobrete  
Idolo de tu cuidado,  
Y de tu voluntad brete.  
Un músico en quien tremolan  
Las plumas de un martinete,  
Tauja en lo delicado,

Y en lo moreno pebete.  
Llamaránle á desafio  
Los renglones de un billete,  
Cuando yo supiera de él  
Que le lea ó que le acete:  
Entónces vistase el pollo  
Sobre un jaco un coselete,  
Que yo le torceré el alma  
Como tuercas tú un roquete;  
Y juro á las aceitunas  
Del sacro monte Olivete...—  
Y entónces, dándole ella  
Un desengaño carete,  
— Quisiera mas, le responde,  
Una lonja entre un mollete,  
Que tus bravatas, Carrasco,  
Humos de blanco y clarete.  
Quiero bien á este galan;  
Y si no te quies mal, véte,  
Que arena viene pisando  
El de lo pardiguillete.—  
Llegó en esto Jimenillo,  
Y terciando él de florete,  
Guarnecido de oro y pardo,  
Tras del mulato arremete,  
Haciendo que una guitarra  
Sus negras sienas apriete.  
Música siembra en sus cascos  
Y en el campo pinabete:  
Muéstrale las herraduras  
El genizaro ginete;  
Y en aquesto el sevillano  
Le segundaba un puñete.  
Participó de él Violante,  
Mas túvolo por juguete,  
Guardándole á su Medoro  
Tras un abrazo un rosquete.

(GÓNGORA, Obras, etc.—It. Romancero general.)

1637.

(De Don Luis de Góngora.)

Por una negra señora  
Un negro galan doliente  
Negras lágrimas derrama  
De un negro pecho que tiene.  
Hablóle una negra noche,  
Y tan negra, que parece  
Que de su negra pasion  
El negro luto le viene:  
Lleva una negra guitarra,  
Negras las cuerdas y verdes,  
Negras tambien las clavijas,  
Por ser negro el que las tuerce.  
— ¡Negras pascuas me dé Dios,  
Si mas negro no me tienen  
Los negros amores tuyos  
Que el negro color de allende!  
Un negro favor te pido,  
Si negros favores vendes,  
Y si con favores negros  
Un negro pagarse debe.  
La negra señora entónces,  
Enfadada del negrete,  
Con estas negras razones  
Al galan negro entrístece:  
—Vaya muy enhoranegra  
El negro que tal pretende,  
Pues para galanes negros  
Se hicieron negros desdenes.—  
El negro señor entónces,  
No queriendo ennegrecerse  
Mas de lo negro, quitóse  
El negro sombrero y faése.

(GÓNGORA, Códice de sus obras.)

1638.

(De Don Luis de Góngora.)

Atencion por vida mia,  
Peligrosos noveleros,  
Pagadme de estas verdades  
Los portes con el silencio.  
Del nuevo mundo os diré  
Las nuevas que me escribieron  
Con las zebras que llegaron  
Cuatro amigos chichimecos.  
Dicen que es allá la tierra  
Lo que por acá es el suelo:  
Muy abundante de minas,  
Porque lo es de conejos;  
Que andaban los naturales  
Desnudos por los desiertos;  
Pero que ya andan vestidos  
Y solo el vino anda en cueros;  
Que comian carne cruda,  
Pero que ya en este tiempo  
La cuecen y la asan todos,  
Sino solo el mujeriego;  
Que no hay monas en ayunas,  
Mas que hay monas en bebiendo,  
Y que hay micos que dicen  
Béseme aqui, desde léjos;  
Que hay unos fieros leones,  
Digo fieros en sus fieros,  
Que son leones de piedra  
En palabras y en los hechos;  
Que hay unos tigres que dan  
Con garras de vara y ménos  
Un bofetón á una bolsa  
Que escupe las muelas luego:  
Que hay unos gamos livianos  
Y unos bien casados ciervos,  
Segun picos de bonete  
Y garzotas de sombrero;  
Que hay unas gatas que logran  
Lo mejor de sus eneros  
Con gatos de refitorio,  
Y con gatos de dinero;  
Que andan unas fieras onzas  
De bellisimos pellejos,  
Fieras en el pedir mucho,  
Onzas en el poco seso;  
Que se crian en las casas  
Unos tan ingratos cuervos,  
Que no está seguro el ojo  
Del que mas mira por ellos.  
Que hay unas dantas fingidas,  
Aunque animales sin cuello,  
De tan cortadoras garras  
Que dividen un cabello;  
Que andan unos avestruces  
Que saben digerir hierros  
De hijas y de mujeres,  
¡ Oh qué estómagos tan buenos!  
Que hay unas hermosas grullas  
Que darán por vos el sueño,  
Si les ocupais la mano  
Con un diamante de precio;  
Que hay unas vides que abrazan  
Unos ricos olmos gruesos,  
Porque sustenten las ramas  
Sus codiciosos sarmientos;  
Que hay unas cigüeñas pardas  
Que anidan entre sus cerros,  
Largas por eso de pico,  
Y de honra en torres de viento;  
Que hay tambien unas picazas  
Vestidas de blanco y negro,  
Cuya moneda es palabra,  
Y cuyo manjar es necios;  
Que hay en aquellas dehesas  
Un toro... mas luego vuelvo,  
Y quedese mi palabra  
Hasta mañana en empeño.

(ALFAY, Poesías varias de grandes ingentos, etc.)

1639.

(De Don Luis de Góngora.)

Murmuraban los rocinos  
A las puertas de palacio,  
No en sonoros relinchos,  
Que eso es ya muy de caballos,  
Sino en su bestial idioma,  
Ni gruñendo ni rifaudo,  
Para mejor engañar  
Las varas de los lacayos.  
Cabecejuntos murmuran,  
Tres á tres y cuatro á cuatro,  
De sus amos lo primero,  
Por mas parecer criados.  
Un castaño comenzó,  
Rociu portugues hidalgo,  
Cuyo pelo es un erizo,  
Por ser fruta de castaño;  
Con mas paramentos negros  
Que el rocin de Arias Gonzalo,  
Que en la madera y el luto  
Mas es tumba que caballo.  
— Sirvo á un rapaciño, dice,  
Macias de enamorado,  
Tan flaco en la carne él  
Cuanto yo en los huesos flaco.  
Como un esclavo le sirvo,  
Puesto que no me ha herrado  
Ni en la cadera con S,  
Ni en la herradura con clavos.  
Dos cosas pretende en corte,  
Que ambas me cuestan mis pasos:  
La verde insignia de Avis,  
Y un serafin castellano.  
Porque en Africa su abuelo  
Mató un leon cuartanario,  
Desde una palma subido,  
De cuarenta arcabuzazos,  
Fatiga agora al Consejo  
Y al amor fatiga tanto,  
Que no irá cruzado el pecho,  
Sin ir el rostro cruzado;  
Porque el galan de la moza  
Sé que está determinado  
De darle la cruz en leño,  
Que él pide al Consejo en paño.—  
Apénas el portugues  
Espumó bravatas, cuando  
Una remendada pia  
De un comiscal cortesano,  
Mordiéndolo el freno tres veces,  
Y otras tres humo espirando,  
Que es cólera á lo que dicen  
Médicos arrocinados,  
— Sirvo, les dijo, á un pelon  
Que no solo há veinte años  
Que come de aventurero,  
Mas que duerme de prestado.  
No hay halcon hoy en Noruega,  
Donde el sol es tan escaso,  
Tan solícito en cebarse,  
Como mi dueño en mi daño.  
Con una gualdrapa corta  
Y tan corta que ha guardado  
Mejor que si fuera cuello  
La medida del dozavo,  
La tercia parte me cubre  
De este fudoso espinazo,  
Que puede ser mojonera  
De un término pleiteado,  
Y volando pico al viento  
Sale muy bien santiguado  
A escuchar los almireces  
De las casas que hacen plato.  
Entrase donde los oye,  
Limpiándose los zapatos,  
Y déjame á una pared  
Pegado como gargajo.  
No sé cómo lo reciben;

Mas si lo sé, que dias hartos  
Mirándome á mi los pajes  
Esto bajan murmurando :  
; Juro á Dios que en el comer  
Es el dueño de este asco  
Sabañon en el invierno,  
Sarpullido en el verano!  
El se descende tras ellos  
A mi pesar, porque al cabo,  
Ya que no cebada, hay ocio,  
Que no es mal pienso el descanso.  
Cobijame los cuadriles,  
Y sale podenqueando  
Nuevas, que el dia siguiente  
Valgan cocido y asado.—  
De un solicitador luego  
Habló allí un rocin, mas largo  
Que una noche de diciembre  
Para un hombre mal casado.  
—Escuchado he vuestras quejas  
Con las orejas de un palmo,  
Y á no sentir yo mis duelos,  
Sintiera vuestros agravios.  
Diez años tiramos juntos  
Por una tierra de campos  
Yo y un tio de Babieca  
El carretón de Lain Calvo.  
Serví á condes, serví á reyes,  
Hasta que por varios casos  
*Tendimus in Latium*, digo,  
Me miráis tendido y lacio.  
Trájome mi dueño aquí,  
Donde apenas hay establo  
Que no sobre mi largueza,  
Si no duermo como galgo.  
Como tan largo me ven,  
Piensan luego los muchachos  
Que soy algun pasadizo  
De la posada á palacio.  
La calle Mayor abrevio,  
Y la carrera del Prado  
Desde el copete á la cola  
La ocupo, si no la paso.  
Por descendiente me juzgan,  
Los que me miran despacio  
En la materia y la forma,  
De aquel caballo troyano;  
Y si cómo tanto hierro  
Como se queja mi amo,  
Cuando no lo esté de griegos,  
Estaré lleno de armados.  
De noche me quita el freno  
Porque dice que lo gasto  
Y lo pongo en cuatro noches  
Como soneto limado.—  
No le consintió acabar  
Un extranjero cuartago,  
Porque temió que tenía  
Razones de su tamaño.  
— No sirvo, dijo, á pelones  
Como vosotros, cuitados,  
Sino á un extranjero rico,  
Miserable por el cabo;  
Y notad que siendo aquestos  
Miserisimos y avaros,  
Veréis que se llaman todos  
O Césares ó Alejandro.  
Mucho tiempo le he servido,  
Y aunque mal galardonado,  
No tan mal como vosotros,  
De que me consuelo algo.  
La paja me da por libras,  
La cebada por puñados,  
Y para engañar mi hambre  
Es artifice de engaños;  
Ciertos antojos me pone  
De unos vidrios tan doblados,  
Que hacen de una paja ciento,  
Y cuatrocientos de un grano.  
; Pero bien me satisface

De esta burla y de este engaño  
Un dia, cuya memoria  
A la venganza consagro!  
Solia traerme, diciendo,  
Por las caderas la mano :  
Como un banco estás, amigo,  
Poco te luce el regalo.  
Tantas veces me lo dijo,  
Que una de ellas por un lado  
Le di muy bien á entender  
Que tenia piés el banco.—  
Dieron en esto las once,  
Y al mismo punto dejaron  
Su plática los rocines,  
Sus quinolas los lacayos.  
Cualquier docto en esta lengua  
Podrá mañana temprano  
Ir á escuchar otro poco  
Las mulas de los letrados

(GÓNGORA, *Obras*.— II. *Romancero general*.—  
II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero  
general*.)

1640.

(De Don Luis de Góngora.)

En aquel siglo dorado,  
Cuando floreció Amadis,  
Y el mes de mayo vivía  
Pared en medio de abril;  
En unas vistas secretas  
Detras de un zaquizami  
De la sabijonda Urganda  
Tuvo un hijo Gandalin,  
Mas valiente que Macias,  
Mas derretido que el Cid,  
Mas sabido que Roldán,  
Mas membrudo que Merlin.  
Este andaba á caza y pesca  
Por la orilla de Genil,  
En la mano esparavel  
Y en los hombros un neblí.  
Al filo de mediodía,  
No mas que por su nariz  
Señalaba las doce horas  
En el tronco de un brasil :  
A la sombra que hacian  
Cuatro flores de alhelí,  
Aquejado de la hambre,  
Que era comedor gentil,  
Sacó poquito á poquito  
De las bolsas de un cojín  
Dos varitas de virtudes  
De traza y valor sutil;  
Y vuelta la cara al cielo,  
Porque habia de estar así,  
Tomando la mayor d'ellas  
Le comenzó de decir :  
—Varica, la mia varica,  
Por la virtud que hay en tí,  
Pues que jerigonza entiendes,  
Que me traigas que muguir.—  
Apenas cerró los labios,  
Cuando al son de un añafil  
Vió ponerse unos manteles  
De delgado caniqui;  
Un barril de vino blanco  
Y de tinto otro barril,  
Del metal de las entrañas  
Del cerro de Potosí;  
Dos cuchillos de Malinas  
Y un salero de marfil,  
Y un platillo de ensalada  
De yerbas trescientas mil.  
Entre dos roscas de Utrera  
Que por estos ojos vi,  
Unas lonjas de tocino  
Como corchos de chapín.  
Desde aquí á las acitunas  
No les dió merienda así

El bruto Sardanapalo  
Al gran Turco y al Sofi.  
Estando la mesa puesta  
Poblada de lo que ois,  
Debiera comerlo solo,  
Mas no lo puedo sufrir;  
Y volviendo á ver al cielo,  
Porque habia de estar así,  
A la segunda varica  
Le dice el mozo Celín :  
—Así te otorguen los cielos  
De venturas un cahiz,  
Que me traigas una dueña  
Con quien mis dichas partir.—  
Fué á revolver la cabeza,  
Y vido cerca de sí  
La doncella Dinamarca  
Atándose un cenóvil;  
Y aunque se habian visto  
En las salas de París,  
Mirábanse el uno al otro  
Y hartábanse de reir.

(Romancero general.)

1641.

(De Don Luis de Góngora.)

Pensó rendir la mozuela  
El alferez de mentira,  
Soldado por cien mil partes,  
Y quebrado por las mismas :  
Pensó que la sujetara  
El gavión de la liga,  
Y de la terciada pluma  
La crespía volateria;  
Y la capa verde oscura,  
Y golpeada la capilla,  
Con mas inciertos reveses  
Que una mula, y sea la mia;  
Y la saltaembarca azul,  
Con mas corchetes de alquimia  
Que la noche de San Juan  
Saca toda la justicia;  
Y los gregüescos de seda,  
Aforrados con telilla,  
Mucho mas acuchillados  
Que mulatos en esgrima;  
Y la espada en tiros cortos,  
Mal pendiente de la cinta,  
Por las obras temerosa,  
Por las palabras temida.  
Pensó con lo dicho el hombre  
Sujetar la mujercilla,  
Torciendo rubios bigotes  
Ayudados de alquitira.  
Hablándola con los ojos,  
Pisando de gallardia,  
Suspirando por la calle  
Y apuntándose á su esquina,  
Camafeo de la moza  
Ser el necio pretendia,  
Y á la verdad era feo,  
Aunque cama no tenia;  
Pero tenia un rasguño  
Del bigote para arriba,  
Que le hizo de merced  
El padre de las pupilas;  
Y aun creo que al otro lado  
Le hubieran hecho otra firma,  
A no tenerlo ocupado  
Con no sé qué niñeria,  
Con un cierto bofetón  
Que en la casa de Sevilla  
Llevó vencido en la entrada  
Con las manos menos limpias.  
Una pues alegre noche,  
Que la halló por su desdicha  
Alumbrando con la cara  
Su calleja sin salida,

Llegándose poco á poco  
Debajo la ventanilla,  
Como estudiante frances,  
Este salmo le decia :  
—Yo soy de Santo Domingo,  
Una ciudad de Castilla,  
Donde, aunque es de la Calzada,  
Hay descalzas hidalgas :  
Bien nacido como el sol,  
Gracias á las Gavarillas.  
Inquieto fui desde niño,  
Inclinado á la milicia;  
Apenas tuve quince años,  
Cuando un dia á mediodía  
Dejé mi tierra por Flándes,  
Sepulcro de nuestras crismas,  
Donde padecí peligros  
Tan grandes, que juraria  
Que no me halló la muerte,  
Porque triunfeis de mi vida.  
Cuando en el sitio de Chipre  
Estaba yo en grave liga  
Con un bravo romadizo,  
Sonando la batería,  
Nunca salí de mi tienda  
Mientras hambre padecia,  
Porque no me acabó un sastro  
Unas calzas amarillas;  
Y aun allí por gran ventura  
No me halló una culebrina  
Que me pasó por los ojos  
Poco mas de media milla.  
Otra vez que hubo en Bruselas  
Una pendencia reñida,  
Puse paz desde un sagrado,  
Aunque casi no me oian;  
Y aun me acuerdo, por mas señas,  
Que todo el mundo decia  
Que á ser yo de la pendencia  
Me prendiera la justicia.  
Dejé al fin guerras de Flándes,  
Porque era tierra tan fria,  
Y yo triste andaba enfermo  
De cámaras cada dia.  
Como partí de allá pobre,  
Y atravesé á Picardia,  
En un bergantín el mar  
De la Rochela á Galicia,  
Del golfo de estas desgracias,  
Señora, he llegado á vistas  
De vuestra merced, Dios quiera  
Que sea en enjuta orilla.  
Bien le debo á la fortuna  
El fin de tantas desdichas;  
Mas otra fuerza mejor  
De todas ellas me libra,  
Porque al salir de mi tierra  
Saqué, entre muchas reliquias,  
Algunas plumas de gallo,  
Pero mas de la gallina.  
Asado vivo por vos;  
Y quisiera, reina mia,  
Que ya que habeis sido fuego,  
Hubierais sido parrillas.—  
Atenta escucha la moza  
Toda la oracion prolija,  
Unas veces con enfado,  
Pero mas veces con risa.  
No quiso dalle respuesta;  
Mas ella y otra su prima  
Le exprimiéron al asado  
El zumo de una jeringa.

(GÓNGORA, *Obras*.— II. *Romancero general*.)

1642.

(De Don Luis de Góngora.)

Recibí vuestro billete,  
Dama de los ojos negros,

Con mil donalres cerrado  
Y con mil ansias abierto ;  
Y en fe de los treinta escudos  
Que en vuestro renglon tercero  
Vienen en un alma mia  
Disimulados y envueltos,  
Os envío ese inventario  
De las partidas que tengo ;  
Que es como si os enviara  
Las del infante Don Pedro ;  
Porque en materia de escudos  
Solo tengo un paves viejo ,  
Y en moneda de reales ,  
Yo soy de un lugar realengo ;  
Y cuanto á las alcabalas ,  
Tengo un grande privilegio ;  
Que, como no hay que vender,  
Ni las pago ni las debo.  
De los navios de Indias  
Poderosos y soberbios ,  
Me viene la dulce nueva  
Cómo llegaron al puerto.  
Cúpome de particion  
De molinos de agua y viento ,  
El molino de mis dientes,  
Que no muele á todos tiempos.  
De dehesas y cortijos ,  
Viñas, huertas y majuelos ,  
Me cupieron los caminos ,  
Y la ciudad por linderos.  
No se me quejan las fuentes,  
Ni los claros arroyuelos ,  
Que los enturbian cabezas  
Señaladas de mi hieiro.  
Al fin mis hatos se incluyen  
En los que ciñen mi cuerpo ,  
Y en un *Agnus Dei* de alquimia  
Se rematan mis corderos.  
Solo el adorno de casa  
Es, señora, de momento,  
Porque en un momento es visto,  
Y se acaba en un momento.  
Tambien tengo alguna plata ;  
Por ser poca no la cuento,  
Que es una santa patena  
Que heredé de mis abuelos.  
No tengo paños de corte,  
Mas no me faltan enteros,  
Porque ya tengo la corte ;  
Solo el paño es el que espero.  
Tambien para mi salud,  
Que es la prenda que mas quiero ,  
Hay muy gentiles gallinas  
En mi mozo y en su dueño.  
En cosas dulces, Canarias  
No iguala la que poseo,  
Pues gozo una linda sarna,  
Rascada con cinco dedos.  
Al fin que, señora mia ,  
Dicho por ménos rodeos,  
Si yo tengo solo un cuarto,  
Muera de cuatro contrechos.  
Sin duda que se hallaron  
En mi triste nacimiento  
Las estrellas en ayunas ,  
Pues tal hambre en mi influyeron  
Aguarde que otra vez nazca  
En mas venturoso agüero ;  
Que por desnudo, mi madre  
Me puede parir de nuevo.

(GÓNGORA, *Obras*, etc. — It. MADRIGAL, *Segunda parte del romancero general*.)

1645.

(De Don Luis de Góngora.)

No viene á mi el sobrescrito,  
Señora, de aquesta carta :  
Bien le puede dar á otro ;

Que yo no cómo cebada,  
Ni creo tan de lijero  
El preñado que me achacan.  
Pues que las bulas de Roma  
Se cuentan desde la data,  
Contemos las conjunciones  
Por meses ó por semanas,  
Y si viene bien la cuenta,  
Metamos la cria en casa ;  
Pero si no viene bien,  
¿ Por qué quiere la bellaca  
Jugar con otro las piernas  
Y cargarme á mi las cabras ?  
No quiera la fugitiva  
De la aborrecida patria  
Hacer con otros el fiete,  
Y que pague yo la barca ;  
Desista de ser fullera ;  
No haga pandillas tantas,  
Que si ella es cuchillo agudo,  
Yo soy raposa avisada.  
¿ Cómo quiere que reciba  
El requeson que me aguarda,  
Si estaba llena la encella  
Cuando yo llegué á apretalla ?  
Pues no quiso ser mi mula,  
No quiero ser su gualdrapa.  
Bien puede dar esas quejas  
A quien la hizo preñada :  
Su preñado me parece  
A la puente segoviana,  
Que se hizo en una noche  
Sin cal, arena ni agua.  
Sin duda que el diablo hizo  
Este milagro en España ;  
Diablo debo yo de ser,  
Pues su preñado me achaca.  
Para haberse criado en villa,  
Poco sabe de crianza,  
Pues me pide el aguinaldo  
Sin darme las buenas pascuas.  
Al otro que se las dió,  
Con paz, á uso de Francia,  
Le haga aquesas cosquillas,  
Porque yo no sufro albarda.  
Pídale que contribuya  
Para el gasto de las amas ;  
Que no he de dar yo mantillas,  
Sirviendo el otro de manta.  
Aunque soy malo á sus ojos,  
Tengo la conciencia sana :  
No quiero coger el fruto  
Que otro sembró con sus vacas.  
Libreme Dios de lo ajeno,  
Pues es cosa averiguada  
Que la codicia del mundo  
Es la polilla del alma.  
Son los partos de mujeres  
Como nubes que traen agua,  
Que, aunque ignoramos dó vienen,  
Sabemos dónde descargan.  
Decir que ella le parió  
Es verisima probanza ;  
Mas, que parió de mi solo,  
Es duda que no se alcanza.  
Así que, señora mia,  
No escarbe mas la cernada,  
Porque es todo polvareda,  
Pues pide injusta demanda.  
Déjeme, pues que la dejo,  
Y quédese enhoramala ;  
Que no la he de levantar,  
Pues que se echó con mi carga.

(Romancero general.)

1644.

(De Don Luis de Góngora.)

Con ropilla y sin camisa,  
Aunque no por no tenella ;  
Que una que le dió su madre  
Le perdió la lavandera ;  
Su jubon por zaragüelles,  
Y el sombrero por chinelas,  
Y por reparo del cierzo  
Una capa de bayeta ;  
Al sol, que, muerto de risa,  
De lastima le calienta,  
Esto cantaba Hernandez  
Cosiendo sus pedorreras :  
— ¡ Desdichado del hidalgo  
Que con sombra de nobleza  
Y con falta de dinero  
Viene á pleitear á esta tierra !  
Soy de Cangas de Tineo ;  
Desciendo por linea recta  
Del infante Don Pelayo :  
¿ Ved qué honrada descendencia !  
Y agora por mi desdicha  
Soy venido á aquesta tierra,  
Do traigo sobre una mora  
Un pleito con una vieja.  
Levántame la falsaria,  
¿ Jesucristo me defienda !  
Que fui malo de mi cuerpo  
En un molino con ella ;  
Y aun el falso testimonio  
No pára aquí, porque llega  
A que con doce testigos  
Prueba que estaba doncella.  
No sé quién jurar tal pudo ;  
Defienda Dios mi inocencia,  
Que bien sé que soy de carne  
Y tengo algunas flaquezas.  
Mas decid, testigos falsos,  
¿ Cuando en Castilla la Vieja  
Vido el cielo cuervos blancos  
Ni doncellas montañesas ?  
Dejando el pleito á una parte,  
Ya que el pleito no me deja,  
Aunque no para medrar,  
Para echar la sarna fuera :  
A ruego de buenos hombres,  
¿ Plugüera á Dios no los viera !  
Asenté con un pleiteante  
En San Martin de la Vega.  
Por la costa concertámos  
De serville esta cuaresma,  
Do á pura fuerza de ayunos  
Me ha convertido en poeta.  
Pensarán que estoy burlando :  
Pues no es zsi como quiera ;  
Que del trato de mi amo  
Hago agora una comedia.  
Toda la primer jornada  
Trata de que nunca almuerza ;  
La segunda, que no come ;  
La tercera, que no cena.  
Estos forzosos ayunos  
Me han tornado la cabeza  
Mas liviana que una caña,  
Y me han helado la vena ;  
Y tiéneme de tal suerte  
La forzosa penitencia,  
Que no quiero decir mas,  
Ni puedo, aunque mas quisiera.

(GÓNGORA, *Obras*. — It. *Romancero general*.)

1645.

(Anónimo 1.)

De unas enigmas que traigo  
Bien claras y bien dudosas,

Pide la difinicion  
Un hombre que las ignora.  
Ser una dama de corte  
De estas que corren agora,  
Morena cuando amanece,  
Y blanca de allí á dos horas ;  
« ¿ Qué es cosicosa ? »  
Tener una buena vieja  
Pobre hacienda y hija hermosa ;  
Ser Mari-Hernandez ayer  
Y de allí á un mes Doña Aldonza ;  
Tener galas y galanes,  
Labrar casas, comprar joyas ;  
Haber una vez parido,  
Venderse por virgen otra :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »

Tener hermosa mujer  
Sin tener hacienda propia  
Mas de aquella que en el rostro  
Le puso la gran pintora,  
Comer los dos sin traerlo,  
Vestir sin que cueste cosa,  
Y tener lo mas del año  
Bien bastecida la bolsa :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »

Partirse á una comision  
Un hombre, y cuando torna,  
En su casa ballar enferma  
De mal de bazo á su esposa ;  
Estar un año sin verle,  
Y en una semana sola  
Que la trata su marido  
Parir y publicar honra :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »

Que pretendan dos casarse,  
Que es averiguada cosa  
Que el uno nació en Vizcaya,  
Y el otro en Constantinopla ;  
Que por ser pobre no halle  
El vizcaino una novia,  
Y halle ciento por ser rico  
El sucesor de Mahoma :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »

Que estándose recogida  
La doncella virtuosa,  
Que en sus manos y su aguja  
Se encierra su hacienda toda ;  
Y que siendo la virtud  
La mas estimada joya,  
Nadie por mujer la pida,  
Porque le faltan esotras :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »  
Que traiga una buena viuda  
Negro luto y blancas tocas,  
Que en vida de su marido  
Fué tan libre como ahora ;  
Que no le temiese vivo,  
Y muerto esté tan medrosa,  
Que todas las noches dé  
Traza de no dormir sola :  
« ¿ Qué es cosicosa ? »

(Romancero general. — It. Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1 Se atribuye á Don Luis de Góngora.

1646.

DEFENSA JOCOSA DE NERÓN Y DEL REY DON PEDRO DE CASTILLA.

(De Don Francisco de Quevedo 1.)

Cruel llaman á Nerón,  
Y cruel al rey Don Pedro,  
Como si fuerán los dos  
Hipócrates y Galeno.  
Estos dos sí, que inventaron  
Las purgas y cocimientos,  
Las dietas y melecinas,  
Boticarios y barberos,